

La comunidad de la ira

Eduardo Pavez Goye

“Nada se asemeja más a un representante de la burguesía que un representante del proletariado.”

-Sorel

*Ella escucha al mozo del restaurante.
Y bueno, si no te gusta, préndele fuego.*

Mi madre murió de cáncer
y nos dejó con una deuda millonaria que nunca pudimos pagar.
A mi papá le vendieron una propiedad
pero la constructora lo engañó
y en vez de cobrarle doscientas lucas mensuales
le cobraron quinientas,
haciendo que no pudiera pagarla
y dejándolo marcado por los bancos.
Ahora no tiene nada a su nombre.
Cuando se iba a jubilar
le dijeron que el nuevo sistema de pensión era mucho mejor
y ahora recibe una miseria a fin de mes.
Yo me eduqué con fondos del gobierno
y ahora debo más que mi padre con la casa que nunca pudo pagar.
Arrastro encima tanto dinero en contra
que aunque trabaje toda mi vida no voy a poder saldar la deuda.
Y es un poco eso.
Las maneras en que nos convierten en esclavos.
Nunca le he robado a nadie
pero en situaciones límite empiezan a quedar cada vez menos opciones.
Y un hombre sin opciones no le tiene miedo a las consecuencias.
Trabajo todos los días de mesero porque no encontré trabajo,
a pesar de ser el mejor alumno de mi Universidad.
Y quizás no se trata de saldar las deudas
sino de desarmar lo que nos amarra.
Recuperar nuestra vida.
Para recuperar las cosas, a veces, hay que destruir lo que tenemos.
Tirarlo al suelo y patearlo sin misericordia.
Así como a mi hermano chico lo pateaban en el patio del colegio
y no dijo nada,
hasta que un día se quejó con el inspector.
Suspendieron a uno de los cabros que le pegaba
y luego éste lo apuñaló después de clases.
Nunca lo encontraron y nadie se hizo cargo.
Un colegio es un falso Estado.
Un lugar de seguridad mediocre donde la injusticia es la única moneda de cambio.
Un estado donde los ciudadanos se regulan a si mismos
con una autoridad que,
verdaderamente,
no tiene autoridad.
Porque es un simulacro.
Un simulacro de estado
y un simulacro de justicia
y un simulacro de la vida.
Y es que el mundo es una gran escuela.
Si te pegan en los camarines, en algún punto tienes que sacar las garras.

Despertar al gigante.
Aún si luego te apuñalan o te pegan más fuerte.
Porque los golpeados son más que los golpeadores.
No existe el macho alfa.
No existe el jefe de la manada.
Esa es una invención que se ha hecho de la vida.
No hay ninguna sociedad
donde el líder de los animales domine a todo el resto
y todos los otros obedezcan sin chistar.
Los líderes en la naturaleza existen para proteger a la manada,
no para someterla.
Y esa es la traducción que nunca hicieron en el colegio ni en la vida.
Porque si aunamos los esfuerzos,
podemos cortarle la cabeza al macho alfa,
al presidente
y al dueño del banco mundial.
La única pregunta que subyace
es si alguien tiene la fuerza suficiente
y el carácter para hacerlo.
Creo que la respuesta
es que sólo las personas sin opciones pueden lograr tal cosa.
Porque una persona sin opciones no le tiene miedo a las consecuencias,
aún si eso significa perder todo lo que cree que es su vida.
Porque sabe que su vida no existe.
No es sagrada.
Es una construcción.
Una convención.
Como el colegio,
la sociedad
y el sistema económico.
Y al final, si no te gusta la convención en la que estás metido,
¿por qué mierda la sigues defendiendo?

El joven se marcha.

Ella queda mirando al vacío, buscando respuestas en los autos que pasan.

*No sabes dónde me encontraba en ese momento,
pero si somos honestos,
la mayoría del tiempo ni siquiera yo me acuerdo.*

El once de Septiembre yo estaba en la casa.
En mi departamento.
O sea, en el departamento de mi mamá,
porque yo no vivía solo.
Estábamos tomando desayuno.
Era temprano, igual.
No me acuerdo qué hora era,
pero si estábamos tomando desayuno fue porque era temprano.
Me acuerdo que empezó como una transmisión en directo.
Urgente.
Estábamos viendo las noticias
y mostraban el fuego
y el humo
y nos quedamos mirando las imágenes como si fuera una película.
Yo no lo podía creer.
Pensé que era una broma,
pero no.
Estaba todo ardiendo.
Era tan violento.
Como una locura.
Ahora esas imágenes son de archivo,
de algo que fue hace mucho,
pero pasó hace tan poco.
Para mi, fue ayer.
Tanto así que cuando te cuento esto tengo los recuerdos aquí.
Me acuerdo que tenía un pan con mermelada en las manos.
No me gusta la mermelada,
pero se había acabado la mantequilla
y tenía hambre
y me hice un pan con mermelada.
Me quedé mirando la televisión.
No podía pensar en nada que no fuera el fuego.
Los edificios en llamas.
Los conductores de noticias hablando del asunto.
Fue hace tan poco
y si lo nombras
aún hay gente que prefiere no acordarse.
Y es que está marcada esa fecha.
El once de Septiembre.
Está marcada en el corazón de millones.
No solo por lo que significa para nuestra generación
y todo lo que vimos caer frente a nuestros ojos.
La invasión posterior.
Los militares.
Las matanzas.

Pareciera que es siempre lo mismo.
Y pareciera que es siempre en la misma fecha.
Porque yo estaba tomando desayuno un día
y todo se vino abajo.
El mundo en el que vivía se cayó a pedazos.
Ahora estamos tratando de armarlo de vuelta,
pero también pienso que no tiene mucho sentido
pelear contra algo que no depende de ti.
Después de todo,
tú no bombardeaste La Moneda,
tú no derribaste las Torres Gemelas
y tú no hiciste el primer atentado en París.

Una pareja en la cama, ella deja una serie de hojas a un lado.

Tu historia no tiene amor.

No entiendo.

No hay una pareja que se extrañe, ni un mensaje de amor al final.

No tiene por qué haberlo.

Te apuesto que si le pusieras una historia de pareja, la gente la leería con más cariño. Es parte de la empatía. No sé. A mí me pasa eso.

No es una novela romántica.

¿Y sobre qué es?

Sobre política.

¿Y el amor no es político?

Todo puede ser político.

Entonces es una novela sobre todo.

Y si es sobre todo, ¿por qué no tiene amor?

¿Y qué puedo decir? ¿Que el amor va a triunfar al final?

¿Que lo único que necesitamos para seguir adelante es cariño y no pelear contra lo que nos hace infelices?

No he dicho eso.

¿Entonces? ¿Qué mensaje debería dejar?

No sé.

Tú estás armando esto.

Sólo te digo que le falta cariño.

Nadie se enamora de un libro que no habla sobre el afecto entre las personas.

Al menos yo no puedo.

Tú casi no lees.

Y tú casi no escribes.

Tonta.

Tonto.

Deberían decirse te amo, pero en vez de ello guardan silencio y es obvio que es así.

*El papel de víctima es ingrato, no lo niego.
Pero uno debe ser el ejecutado y otro el verdugo.*

Cuando iba en cuarto medio ya estaba acostumbrado a todo.
No me gustaba,
obviamente,
pero ya no me sorprendía.
Había alcanzado un estado como de abstracción del mundo.
Estaba en un lugar,
pero no estaba verdaderamente ahí.
Había desarrollado técnicas para no morir de rabia:
imaginaba que algún día les llegaría un castigo a todos,
y fantaseaba con una hecatombe que los despedazara de maneras horribles.
Las mejores secuencias de cine gore
quedaban chicas al lado de mis fantasías contra todos estos imbéciles.
En mi cabeza corría era una película donde yo era el protagonista
y donde en algún momento se revertía la situación.
Me gustaba la Cinthya,
pero ella me veía con la misma pena con la que se mira a los perros vagos.
Y cuando alguien te mira con lástima sabes que nunca te mirará con amor.
Los cabros de mi curso ya tenían barba
y yo apenas me afeitaba un mostacho de pelusas que crecían una vez al mes.
Nunca había pololeado y,
claramente, pasarían muchos años
antes de perder la virginidad con una prostituta que arrendaron mis amigos
el día de mi cumpleaños.
Me gustaba escuchar música, porque era una compañía.
Me pasaba los recreos con mis audífonos,
en el patio,
solo.
Esperaba que el tablero se diera vuelta,
pero las cosas siempre quedaban igual.
Me bajaban los pantalones en las clases de gimnasia,
me rompían las pruebas antes de entregarlas,
me pegaban en la cabeza cuando pasaban junto a mi escritorio.
Yo al principio me quejaba con el profesor,
pero después era tanto,
que debí convertirme en una tortuga
y armar un caparazón
y empezar a soportar
y callar, permanentemente.
Porque si no soportaba,
iba a seguir el resto de mis años escolares
gritando por una justicia que no llegaría nunca.
No era un buen jugador,
porque para ser bueno en esto debes marcar las cartas
y perder parte del corazón,
lo cual supongo que se parece mucho a perder un trozo del alma.
Y nunca podría soportar convertirme en el malo de la película,

porque tengo claro cómo sufren las víctimas.
Yo fui,
he sido
y, posiblemente, seré
una víctima del juego.
Ese extraño juego de poder donde aplastas o te aplastan.
Donde asesinas o terminas desangrado.
Algunos nacieron para destruir y otros para soportar.
Yo no quiero pelear contra los monstruos,
porque si lo hago,
corro el riesgo de convertirme en uno.
Y si me enfrento a mis miedos y los destruyo,
puede que no me guste lo que encuentre en la soledad.

Perfecto. Cúlpame ahora, que no puedo romperte la nariz.

Yo no he dicho que lo hagan.

Nunca dije que la solución era destruirlo todo.

Los tontos son ellos, quemando el mundo para encontrar las soluciones.

Yo no soy ningún guía.

Sólo planteé los problemas.

Y, sí:

la solución no podía ser pacífica,

por uno se cansa de seguir encerrado en su caparazón toda la vida.

Y, sí:

la solución no podía llegar desde la clase ilustrada

porque hacen todo desde la búsqueda del status.

Pero nunca dije que la mejor manera de abrir el mundo era partirlo en dos.

Para analizar cómo funciona un reloj no lo estrellas contra la pared.

Cuando te piden diseccionar una rana en clases no la abres a patadas.

Hay algo de delicado en todo esto.

Ustedes tienen dedos torpes y rompen todo lo que cae en sus manos.

Yo tengo todo tan atrofiado que ni siquiera puedo tomar las cosas en mis manos.

No puedo ni ponerme de pie.

Quizás mis pensamientos

eran el delirio de un hombre que quiere comerse el mundo

pero no puede ni alimentarse por sí mismo.

Nunca dije que la solución era quemarlo todo,

pero tampoco puedo hacerme cargo de lo que está pasando.

No hay una sola causa, eso sería ingenuidad.

¿Les conté del santón de Baza?

Es un poco eso.

En Baza,

un pueblo de Granada,

un tipo le dijo a un grupo de gente que si miraban directo al sol

podrían ver a la virgen,

que era cosa de resistir y observar los rayos.

Les dijo que entre el fulgor se les aparecería como una revelación prodigiosa.

Sólo debían abrir los ojos y mantenerlos fijos.

Los vecinos le creyeron y terminaron ciegos,

con quemaduras en los ojos y denunciando en tribunales.

Yo no soy el santón de Baza.

Soy un escritor.

Era un escritor.

Si alguien se inspiró en ello para partir el mundo, no es mi culpa.

El que le pegó un tiro a Lennon estaba leyendo "El Guardián entre el Centeno" y nadie culpa a Sallinger de esa muerte.

Las matanzas más horribles han sido en nombre de los textos sagrados

y nadie corre a culpar a los profetas de las pérdidas irre recuperables.

No es tan importante.

No me tomen tan en serio.

Mi vida se parece mucho a una película de acción de bajo presupuesto.

En el primer gran ataque yo estaba en el cine.

¿Nunca te había contado eso?

¿En serio?

No iba mucho al cine,

pero algo me dio ese Viernes

y me compré unas entradas al cine,

unas cabritas gigantes,

una bebida de litro

y me senté en la sala a consumir calorías

y pegar grasa a mis caderas.

Tenía algo de culpa,

pero después me dije

“a la mierda. soy joven. si no lo hago ahora, no lo voy a hacer nunca”.

Entonces estaba en eso,

viendo la película.

Era una comedia romántica con Tom Hanks,

que ya está viejo pero sigue haciendo de hombre formal y enamorado.

Trataba de concentrarme en la película,

pero todo el mundo comentaba.

Había una niñita que fue con su papá.

Estaban en la primera fila

y el papá había tenido la mala idea de regalarle un paquete de dulces,

así que la niñita metía la mano,

sacaba uno,

lo pelaba,

se lo metía a la boca,

se reía

y luego sacaba otro.

Hacía tanto ruido que ya me estaba cansando de hacerla callar.

Bueno,

la película en sí, era entretenida.

Había unas cabras como de colegio

que comentaban todo el rato

y encontraban mino a todos los hombres de la película.

Yo pensaba que obviamente eso era así,

porque alguien se encargó de hacer el casting,

pero me quedé callada

y seguí llenándome de azúcar y agua carbonatada.

No me acuerdo mucho de la trama,

pero había una escena donde Tom Hanks le decía a la actriz

(de la que no me acuerdo el nombre)

que tenía que contarle la verdad de su relación.

Estábamos todos esperando esa famosa y anunciada gran verdad,

cuando se cortó la luz.

Era como una cámara escondida.

Tom Hanks,

gigante,

miraba directo a la cámara
y decía
“Es ahora cuando te diré todo... yo en verdad...”
Y apagón.
La gente empezó a alegar.
Primero unos chiflidos,
luego alguien se asustó.
Estoy hablando de un cine lleno y a oscuras.
Después alguien dijo “devuelvan la plata”
y todo el cine empezó a gritar insultos.
Yo me reía porque igual era divertido.
Y porque cuando estás en la masa te sientes segura.
Entonces,
se escuchó algo como un fuego artificial.
Un bombazo afuera de la sala.
Todos nos quedamos callados.
Fueron como cinco segundos de silencio posterior.
De repente,
la pantalla de la sala explotó.
Boom.
Saltó la tela blanca de la que está hecha la pantalla.
Era como una bolsa plástica en llamas.
Un olor a quemado insoportable.
Toda la primera fila salió volando.
Vi cómo la niña de los dulces se destrozaba en el aire.
La vi desarmarse,
como un muñeco.
Vi a las cabras de la fila de al lado
ser aplastadas por una columna del cine que se les cayó encima.
Yo me quedé quieta,
sin saber hacia dónde escapar.
La puerta de “salida de emergencia” con luces rojas
estaba rodeada de fuego
y la gente se aplastaba intentando escapar.
Podía escuchar a la gente gritando
y llorando
y desmayándose antes de llegar a la salida.
El techo del lugar se prendió en fuego
y una señora mayor gritaba
porque había perdido un brazo en la primera explosión.
Eso fue el principio.
Luego vino un segundo y un tercer bombazo.
El segundo fue en el pasillo y el tercero vino de afuera del cine.
La máquina que proyectaba la película voló desde el segundo piso
y aplastó a la fila de personas que estaban atrás mío.
Todo esto que te cuento
debe haber durado unos treinta segundos,
o algo así.
Luego,

un silencio terrible.
Como un campo de batalla sin sobrevivientes.
Y yo,
sentada,
con mis cabritas
y mi bebida
y mi gordura,
sin haberme movido del asiento.
Como si todo hubiese sido un espectáculo.
¿Nunca te había contado esto?

*Dos personas en un café sin tomar café.
El simulacro es más entretenido si se hace mal.*

¿Tiene una fecha definida?

Once de Septiembre.

¿No podías elegir una fecha más emblemática?
¿Qué tal el fin de semana del dieciocho, ponte tú?
¿O el veinticinco de Diciembre?

Podemos reescribir la historia.

Estás borrando con el codo.

Se trata de la voluntad.
Tener la fuerza y la falta de miedo suficiente.
Porque el miedo puede dejar de existir.
Como Dios, el Estado y la propiedad.

Apuesto que esto lo planean los mismos que rasgaban vestiduras
frente a todo lo que no era dialéctica materialista.

Acción.
No palabra,
no pensamiento,
no idea en libro.
Acción.

¿Cómo se cambia el rumbo de la historia?

Con la fuerza.

Define.

El mundo no va a cambiar marchando
ni pidiendo un cambio
ni votando
ni armando pancartas
o panfletos
o cantos ingeniosos.

¿Según quién?

El mundo no cambia posteando en Facebook
ni armando comentarios en Twitter.
El mundo cambia si dejas de tener miedo
y estás dispuesto a hacer algo al respecto.

¿Y si nos descubren, si alguien se acobarda...?

¿Qué es lo peor que puede pasar?

El resto de tu existencia en una cárcel.

Incluso eso puede ser bueno.

¿Qué puedo perder yo,
que ya no le tengo miedo a la muerte?

¿A qué le tienes miedo?

¿A perderte las oportunidades de la vida?

¿A que las posibilidades del mundo te cierren la puerta en la cara?

Hay una palabra para eso.

¿Qué posibilidades son esas que tanto vas a extrañar?

Todo lo que puedas comprar

y todas las personas que logres convencer.

¿Le tienes miedo a eso?

Si es tu mayor miedo,

entonces sigue comprando en el mall

y sé un buen ciudadano.

Deja que te roben

y luego quéjate que estás más pobre y que los ricos están más ricos.

Yo no voy a quejarme más.

Toda esa energía que pierdo quejándome

puedo usarla para partir el destino de la humanidad en dos.

Confías tanto en ti mismo como en la fuerza de gravedad.

Si no estás dispuesto a todo, no puedes cambiar nada.

Y si es así, no tenemos más que conversar.

Él se termina el café y se marcha. Ella mira al infinito.

Quizás buscando una respuesta más allá de los vidrios empañados.

Apenas sé hablar español, no me exijas tanto.

Torschlusspanik.

Los alemanes tienen palabras para definir estados complejos en una sola imagen.
Lo más cercano a torschlusspanik es “miedo a que pase la vieja”.

Cuando me fui a Heidelberg tenía treinta y cinco años.

Compartía pieza en una pensión para estudiantes,
aunque yo ya no estaba estudiando hace años.

Mi compañero de pieza era un Suizo
que estaba sacando su doctorado en filología griega,
con mención en teología.

El tipo tenía mi misma edad
y era mucho más inteligente que yo,
pero estaba lleno de miedo.

No sólo por ser un gordo medio nerd
que se dedicaba todo el día a leer libracos con olor a naftalina,
sino porque tenía miedo de quedarse solo.

De no vivir su vida.

Lo cual era una contradicción en si misma,
porque su propio miedo era lo que le impedía hacer algo al respecto.

Era como tener miedo a no salir de tu casa,
y quedarte encerrado pensando en eso.

Igual es un mal ejemplo, pero se entiende.

La cosa es que lo invité a una fiesta de año nuevo
y me costó una semana convencerlo.

Llegamos a la fiesta
al lado de la tienda de chocolates
que se llamaba “El beso del estudiante”.

El departamento era grande y cabían cómodas unas cuarenta personas,
pero éramos como sesenta en la fiesta.

Apenas podías caminar y estaba lleno de gente riéndose.

Todos gritaban feliz año

y si la alegría no se te pegaba al cuerpo es porque eran un marciano
o estabas enamorado de tu tristeza.

Swen

(que era el nombre de mi compañero de pieza)

estaba en un rincón,

mirando a todo el mundo.

A veces conversaba con alguien y luego se quedaba callado.

Yo lo veía ahogarse en un mundo

donde era evidente que no tenía ninguna herramienta
para comunicarse con los demás seres humanos.

Podía ver cómo iniciaba un diálogo

y en algo así como cinco intercambios de palabras,
se quedaba callado y no sabía cómo continuar.

Me acerqué para sacarlo de condición deplorable.

Le pregunté si quería algo de tomar,

que qué le parecía la fiesta,

que si había alguna chica que le interesara.

Le comenté que había una servia que preguntaba por él
y que estaba más que pasable si te ponías un par de cervezas encima,
pero no me respondió.
Era como hablar con un cadáver.
Él me dijo que se daba cuenta que ya no era capaz de encajar,
que se estaba quedando encerrado en una especie de capullo.
Me dijo que tenía miedo de perderse todo lo que estaba a su lado,
por el simple hecho de no saber cómo manejarlo.
Tenía miedo de quedarse solo.
Tenía miedo de no disfrutar su propia vida.
Y su miedo era real porque,
claramente,
no la disfrutaba como los otros sesenta jóvenes borrachos
que seguían gritando feliz año
y se tiraban challas por la cabeza cada cierto rato.
Tenía miedo a que se le cerrara la puerta de la vida en la cara.
Torschlusspanik, me dijo.
Literalmente, significa "miedo a la puerta cerrada".
Es decir,
miedo a que se te acaben las oportunidades.
Miedo a gastarte los cartuchos
y quedarte sin balas para el momento
donde se suponía debías guardar tus municiones.
Darte cuenta que no tienes salvo lo que lograste juntar en las manos,
que nunca es suficiente.
Swen tenía torschlusspanik y se puso a llorar en mi hombro.
Nos fuimos de la fiesta
y terminó vomitando en la nieve del callejón
afuera de "El beso del estudiante"
y cantando canciones motetes renacentistas en latín.
Yo lo arrastré hasta su cama y se quedó dormido.
Fue la última vez que lo vi.
Cuando me acosté,
pensé en Swen
y en que la vida se le estaba escapando de las manos.
Me vi a mi mismo,
de treinta y cinco años,
tratando de encontrar un trabajo,
lejos de mi familia,
lejos de mis amigos.
Abrí la ventana y miré al cielo.
El castillo de Heidelberg recortaba la silueta de la noche,
como una gigantesco coloso de piedra.
De pronto,
las luces de la ciudad se apagaron
y el castillo se partió en dos.

Si vuelves a decir que me sientes distante, te rompo la cara.

¿Por qué es éste el castigo?

¿Quién fue el juez que dijo que la pena tenía que ser tan grande?

Hay un autor,

no me acuerdo quién,

que hablaba sobre la tragedia,

y decía que el drama es cuando le pasan cosas malas

a alguien que no ha hecho nada para merecerlas,

pero la tragedia es cuando haces algo incorrecto

y el castigo es tan extremo, que parece casi injusto.

Eso es lo que nos pasó.

Nos pasó eso que dijo este tipo del que ya no me acuerdo el nombre

y que de seguro está muerto

y que no tiene idea todo lo que está ocurriendo ahora.

Nos pasó eso.

¿No te parece que es desmedido el asunto?

Yo nunca he sido alguien que viva en la medianía.

La Biblia dice que a los que son tibios, Dios los vomitará.

Y yo pasé toda mi vida siendo cálida con la gente que quiero

y fría con los que no me importan.

El problema es que Dios me vomitó igual.

Una vez a un compañero de curso lo agarraron entre varios

y le sacaron la cresta en el recreo.

El guatón Sánchez.

El guatón Sánchez era el típico gordito tartamudo

que estaba todo el día callado en clases

y cuando le pegaban palmadas en la cabeza,

su única reacción era quedarse callado.

Y eso, en el colegio, es una sentencia de muerte.

Si te pegan, tienes que pegar de vuelta,

aún si te ganan en la pelea.

Porque el colegio es un ensayo de la vida,

y si en la vida dejas que te peguen una vez,

van a usarte de saco de entrenamiento mientras respiras.

Al guatón Sánchez le pegaban todos los días.

Le reventaban yogures en la mochila.

Le escondían los cuadernos.

Le pegaron un chicle en el pelo y se tuvo que rapar.

No tenía amigos,

porque ser amigo de los golpeados

es un pasaje directo a que te saquen la cresta.

Cuando terminamos el colegio,

todos pensamos que no íbamos a ver más al guatón Sánchez.

No fue a la fiesta de graduación porque nadie lo quiso acompañar.

Y a mí no me importaba,

porque no era mi problema

y porque si te importa,

vas camino a que te saquen la cresta.

Porque mostrar compasión es mostrar debilidad,
y mostrar debilidad
es igual a que te escondan la ropa en los camarines después de gimnasia,
o a que te rompan los cuadernos el día antes de la prueba.
El guatón Sánchez desapareció de nuestras vidas
y cuando fue la reunión de diez años del colegio,
apareció flaco,
con cuerpo de gimnasio
y súper seguro de si mismo.
Estábamos en la casa del Menares,
que era el más buena onda del curso.
Como nadie le pega al chistoso,
Menares tenía luz verde para llevarse bien con todos
e invitarlos a su casa como una especie de territorio neutral.
La cosa es que llegó el guatón Sánchez
que ya no era guatón,
pero una vez que te ponen un sobrenombre en el colegio,
te queda tatuado en el autoestima para siempre.
Nos pusimos a tomar y yo me reía mucho con la Polilla,
que era mi mejor amiga del colegio
y que ahora estaba hecha una histérica
casada con un hueón con plata que no la pescaba
pero la tenía en una casa que costaba lo mismo que un edificio entero.
Supongo que, al final, la felicidad se puede comprar.
La cosa es que estábamos con la Polilla,
riéndonos en la cocina,
mientras nos hacíamos el tercer vodka de la noche,
cuando el guatón Sánchez le empezó a pelar el cable al Menares,
que cómo era posible
que mientras estaban en el colegio, nunca lo defendió.
Maricón sonriente, le dijo.
Así, tal cual.
Erí un maricón sonriente, ¿cachai?
Y el Menares le dijo que qué te pasa conchetumare
y que estai en mi casa
y que me tení que respetar.
Y el guatón Sánchez se puso a tartamudear de nuevo,
como cuando íbamos en quinto básico,
y el Menares le dio un empujón.
El guatón Sánchez trató de pegarle un combo
y falló
y todos se le fueron encima.
Le sacaron la mierda.
Yo estaba en la cocina,
con mi vaso de vodka en la mano,
y era como volver al patio del colegio,
cuando le hacían camotera.
Pero ahora en vez de palmadas de broma en la cabeza,
eran combos en la cara.

Lo hicieron mierda en el piso de la cocina.
El guatón Sánchez lloraba y escupía sangre.
Eran diez contra uno, pero yo no me iba a meter.
Me tomé mi vodka,
mirando al guatón tratando de ponerse de pie,
tambaleando.
No tenía pena
porque tener pena es igual que ser el siguiente en la lista.
No sentía nada, la verdad.
Sólo miraba cómo escupía sangre en el piso de la cocina.
En ese momento, escuchamos el primer bombazo.
Me acordé que era once de Septiembre,
y parece que nadie se acordaba que era una fecha complicada.
O a nadie le importó.
Miramos por la ventana
y la casa del vecino estaba en llamas.
Fue en ese momento que llegó el segundo bombazo
y explotó la pared de la cocina.
El guatón Sánchez se reventó con la explosión
y yo quedé bañada en sangre y vísceras,
pero por un motivo que todavía no entiendo,
a lo único que atiné fue a tapar mi vaso.
Me tomé de golpe lo que quedaba de vodka y traté de salir corriendo,
pero me tropecé con la sangre del piso y caí al suelo.
Luego se escucharon los disparos desde la calle
y todos los que estaban de pie en la cocina cayeron con balas en el pecho.
Quedé tirada al lado de los restos del guatón Sánchez
y ya no había nadie al lado.
En ese momento me puse a llorar de miedo.
Me puse a llorar porque era la única sobreviviente
en una cocina llena de sangre.
Y me puse a llorar porque el guatón estaba muerto,
y porque habíamos sido unos hijos de puta con el guatón,
pero nunca lo dijimos abiertamente.
Estoy segura que todos sentíamos lo mismo,
pero nos callamos.
Corríamos el riesgo de ser los siguientes en recibir golpes.
Me puse a llorar
y las lágrimas tibias me corrieron por la cara.
Quizás fue por eso.
Todo lo que está pasando ahora.
Porque en un punto dejé de ser fría
y me volví tibia
y ahí fue cuando entré en la lista de los que tienen que pasarlo mal en la vida.

*Una alegre cena con platos vacíos y copas a medio llenar.
¿Cómo partía ese chiste?
Dos tipos entran a en un bar...*

Primero que todo,
quisiera dar las gracias por acompañarnos.
Desde que reventó todo,
que nos hemos sentido muy solas.
Es fácil tener miedo acá
porque las paredes son delgadas y se escuchan disparos todo el tiempo.
Pero somos mujeres fuertes
y con los días aprendimos a manejar el insomnio.
Quería darle las gracias por acompañarnos.
Estaba usted muy malherido, pero ahora ya lo veo mejor.
¿Qué puedo decirle?
Es un agrado contar con una figura de autoridad como usted.

Dice que está muy agradecido.

No se moleste, doctor.
Por favor, nosotras estamos agradecidas.
Sé que no puede ayudarnos físicamente,
pero la calma espiritual es la más importante.
Porque si la Virgencita nos protege confiamos en el destino.

No le entiendo mucho, pero dice algo de la Virgencita.

Por favor, sírvase algo, doctor.
¿Usted dice que era escritor, no?
¿Y qué le gustaba escribir?
¿Novelas?
¿Libros de autoayuda?
A mí me encantaba Cohelo.
¿Lo leyó usted alguna vez?
Era mi favorito.
“Verónika decide morir” era el mejor.
Una lección de vida gracias a la muerte.
¿Cómo era el principio del libro, había una frase notable.
Esta mala memoria.
¿Se entrena la memoria, no, doctor?

Se quedó dormido.

Déjalo.
¿Valeria?

En la pieza. Durmiendo.

¿Monta guardia?

A las cuatro.

Mira, mira nada más.

Que tontera.

Tengo tanto frío que me puse dos chalecos.

Nunca lo había hecho.

Me puse dos chalecos: uno encima del otro.

¿Por qué, mamá?

No tengo idea.

Podría haberme puesto una chaqueta abrigada,

porque todavía tengo una o dos,

pero no sé por qué me puse estos dos chalecos.

Éste me lo tejió mi mamá

y este otro se le quedó a alguien que pasó por la casa.

Esa chica colorina gordita que estuvo unos días, ¿te acuerdas?

Me los puse porque estaba muerta de frío.

Era eso o prender la chimenea,

y como bien sabemos,

prender la chimenea es dar una señal clara de dónde estamos,

y dar una señal clara de dónde estamos es delatar la ubicación,

y eso es igual a irnos a la cresta.

Y yo creo que eso es lo que más odio de todo.

¿El frío?

Sí, porque quedarse en silencio casi todo el tiempo es hasta soportable,

pero no poder prender la chimenea en invierno es un suplicio.

Que manera de llover el invierno pasado,

¿te acuerdas?

Se nos inundó la cocina y tuvimos que botar un muro,

pero no podíamos tirarlo abajo a martillazos

porque el ruido iba a ser demasiado,

así que tuvimos que desarmarlo

con cucharas

y de a poco.

Nos demoramos casi dos semanas, ¿te acuerdas?

Era algo que habría tardado media hora con las herramientas correctas.

Y es que una cuchara no sirve para eso.

Una cuchara sirve para comer arroz con leche o tomar sopa.

Claro,

podríamos haber usado un cuchillo grande,

o una pala,

pero no.

Usamos cucharas porque no tenemos nada más.

Y tenemos que usar la cuchara para tomar la sopa

y para cortar la poca carne que alguien nos trae.

Y tenemos que aprender formas nuevas
de convertir las cucharas en las herramientas de la vida.
Y quizás *eso* es lo que más me molesta.

¿El frío y las cucharas?

Sí, porque una cuchara sirve para comer arroz con leche o tomar sopa,
pero la cuchara no se inventó para botar un muro,
para cortar la carne
o para desatornillar cosas.

A veces,
de tanto reemplazar herramientas,
se me olvida que había algunas con propósitos específicos.

Es como las palabras:
de tanto dejar de decir algunas,
se me olvida que existen otras.

Como la calefacción.

Mantas.

Chocolate.

Helado.

Caviar.

Ir al cine.

¿Hace cuánto que no ves una película?

De eso te hablo.

Quizás me estoy repitiendo,
pero tampoco tengo mucho de qué hablar.

Es como que la vida se detuvo y vivimos en una fotografía.

Un constante presente

que es a la vez lo único que nos queda como futuro.

Una fotocopia de ese ayer que se repite constantemente.

Este no es un buen lugar.

Nunca fue un sitio privilegiado,

y ahora está aún peor.

Porque si no puedes comer un chocolate o ir al cine,

y tienes que botar un muro a cucharadas como si fuese un helado gigante,

es el signo más claro que las cosas están mal.

Y si el mundo está mal, empiezas a estar mal tú, también.

Porque eres parte del mundo.

Y porque empiezas a ponerte dos chalecos

cuando con una chaqueta es suficiente.

Dos tipos entran en un bar...

No, no me acuerdo.

Una pareja en un café, ella deja una serie de hojas a un lado.

¿Te das cuenta que no vamos a sobrevivir a esto?

No nosotros.

Nosotros.

Esto que tenemos.

No va a sobrevivir.

¿Por qué?

Porque destrozarnos todo es destrozarnos a nosotros mismos, también.

¿Tienes miedo?

No es la palabra.

Nuestro hijo va a nacer libre.

Eso es suficiente para intentarlo.

Va a crecer sin miedo porque el miedo se habrá ido junto con el Estado, la propiedad y las armas.

¿Cuánto tiempo llevas en esto?

Desde antes de conocerte.

¿Cuándo planeabas decírmelo?

Ahora.

Un poco tarde.

Queda una semana.

¿Cuánta gente hay en esto?

¿Vecinos nuestros?

¿Las cajeras del supermercado?

¿El chofer de la micro?

¿El mozo del restaurante?

¿Tienen un código?

¿Cómo se organizan?

¿Cómo recluten gente?

¿Esto es en todo el mundo?

Llevamos años armando esto.

Es como una relación.

Se ha construido y ha mutado y hemos tenido buenos y malos momentos.

Ahora, el once, vamos a culminar.

Es el casamiento o el orgasmo o el primero hijo.

Lo que esperamos toda la vida

y para lo que hemos preparado el cuerpo
y la mente
y el corazón.

No vamos a sobrevivir.

No digas tonteras.

Nosotros, digo.

¿Me vas a dejar?

Esta no es una historia de amor.
Es una historia sobre todo lo que nunca dijimos
porque teníamos miedo de ser golpeados por el destino.
Y no me gustan las historias que no tienen amor,
porque no confío en las personas
cuyos motivos no sean el cariño.

Nuestro hijo va a ser libre.
Es el mayor regalo que podemos dejarle.
¿Qué más quieres?
¿Reventarte trabajando para dejarle una casa enorme
que luego venderá cuando sea viejo
y deba usarla para sobrevivir en una pensión de ancianos
o pagarse la operación de arterias que cuesta millones?
Yo no voy a trabajar toda mi vida
y gastar mi existencia completa
en dejarle a mi hijo un mundo donde morirá solo,
triste
y consumiendo el dinero al que dediqué todos los años de mi vida.
Voy a dejarle un mundo donde pueda crecer tranquilo.
Donde sus hijos no tengan miedo de decir lo que piensan.
Donde no haya militares
ni trenes llenos de presos, camino a un campo de concentración.
Un mundo donde no haya aviones que derriban monumentos
ni muertos en las calles.
Un país donde no le arrojen gas cada vez que reclame sus derechos.
Una ciudad donde pueda ver la cordillera y no una nube tóxica
creada por empresas extranjeras.
Voy a heredarle un mundo
donde no deba salir a la calle a recibir golpes
porque cree algo diferente a lo que le gritan por la televisión.
Si me hablas de amor,
este es el amor más grande.
Voy a darle un mundo donde no importa lo que crea,
tendrá derecho a expresarlo.
Y donde no van a robarle nada porque nadie tendrá nada.
Donde no van a tratarlo mal en el colegio

porque el colegio siempre ha sido
una copia de la sociedad en que está inmerso.
Y si a mi hijo no le pegan en el colegio,
no van a golpearlo en la vida.
Y si no sangra cuando niño,
no tiene por qué sangrar cuando tenga treinta años
y tenga el corazón roto.
Un mundo donde ser gordo
o alto
o moreno
no sea un castigo,
una carga que deba ocultar.
Una vergüenza.
Voy a dejarle a mi hijo un mundo donde pueda ser feliz
durante toda
su puta
vida.
Y si para eso tengo que derribar
la mitad de las capitales de la tierra,
voy a hacerlo.
Porque si mi hijo derrama una lágrima
es porque yo no pude cambiar el mundo
ni hacerlo un mejor lugar.
Y yo lo amo,
aún si no lo conozco.
Y como lo amo,
no voy a traerlo a sufrir al mundo.
Su vida va a ser feliz.
Mucho más de lo que han sido las nuestras.
Porque va a ser libre.
Y porque no importa la pequeña historia,
si el gran complot sigue funcionando.
Si queremos arreglar nuestra vida,
tenemos que arreglar el mundo, primero.
Y si no podemos cambiar el mundo,
nuestro paso por la tierra no tiene sentido alguno.

El café se enfría.

*“Son niños”, decían.
“El colegio es la mejor etapa de la vida”, decían.*

Idiota.
Gordo.
Maricón.
Asqueroso.
Lávate el hocico.
Estai pasao a ala.
Aweonao.
Dile a tu mamita.
¿Me vai a acusar?
Imbécil.
Tarado.
Anda a chuparle el pico al inspector, mejor.
Culiao.
Saco wea.
¿Qué me vai a hacer?
¡¿Qué me vai a hacer, poh?!
Te da miedo.
Cobarde culiao.
¿Te dai cuenta?
No erí nadie.
Nunca vai a ser nadie.
¿Qué estai escuchando? Pura música maricona, nomá.
Feo mundial.
Acúsame. Dale.
Te mato, conchetumare.
Te saco la mierda, te rompo la cara, ¿me escuchaste?
Estoy hablando en serio.
No, momento, estoy hablando en serio.
Si le dices algo al inspector o al director, me van a suspender.
Y si me suspenden de nuevo me sacan cagando del colegio.
Y si me sacan cagando del colegio mis viejos me sacan la chucha
y no voy a poder seguir viendo a la Cynthia
y el culpable vai a ser voh,
¿escuchaste, maricón culiao?
¿Me escuchaste, guatón tetón de mierda?
Si me echan del colegio porque abriste la boca
vai a pasarlo bien el primer día
porque no te voy a sacar la mierda en el patio,
pero voy a estar esperándote afuera del colegio,
y voh lo vai a tener claro.
Cuando tu amigo el inspector no te vea,
te voy a agarrar.
Voy a venir todos los días.
Y te voy a esperar.
Y un día, cuando no te des cuenta,
te voy a agarrar y te voy a dar con un fierro en locico.

Te voy a reventar la cara, conchetumare.
Te voy a poner la pichula en la boca y te voy a mear.
Y voy a llamar a mis amigos
y te vamos a pegar tanto
y tan fuerte
que en la posta te van a tener que armar la cara de nuevo, conchetumare.
No estoy jugando.
En serio.
Esta weá no es broma, guatón culiao.
Esta es la ley del más fuerte,
y voh
en esta
no me ganai, conchetumare.
Abre la boca, porque te mato, ¿me escuchaste?
Si voh me delatai, de deajo inválido.
Y si decí que fui yo el que te dejó así,
voy a tu casa y te mato de verdad.
No estoy weando.
Yo hablo en serio, mierda.
Yo
siempre
hablo
en serio.

*La joven y el hombre en el living. Él no hablará.
Me doy cuenta de las cosas, sólo que no se nota.*

Ahí están. Los bombardeos de nuevo.
¿Supo usted cómo fue todo, doctor?
¿Cómo estaba usted en esa época?
Atacaron al mismo tiempo las ciudades más importantes del mundo.
Volaron París,
Nueva York,
Tokio,
Berlín.
A los pocos minutos detonaron los sectores de menor notoriedad.
Demolieron Heidelberg,
Bruselas,
Barcelona,
Santiago de Chile,
Brasilia,
Ciudad de México,
Bogotá,
Auckland,
La Paz.
Borraron del mapa edificios completos.
¿Quiénes?
¿Con qué motivo?
Yo nunca entendí nada, doctor.
Me acuerdo cuando decíamos que el comunismo era el cáncer del mundo,
y repetíamos eso porque nos lo habían enseñado,
pero no teníamos idea por qué.
El cáncer marxista.
El cáncer marxista.
El cáncer marxista.
¿Te das cuenta de la implicancia de eso?
El marxismo no era el cáncer,
era primer signo de todo lo que se venía.
La roncha en la piel previo al aviso de infección generalizada.
La gente ya estaba cansada.
Y es fácil verlo porque nos hicimos ricos a costa de ellos.
Yo nunca le trabajé a nadie y sin embargo vivía como Rey,
en una casa de tres pisos,
con cinco autos,
dos propiedades en la playa
y departamentos en el extranjero.
Y no era de los más ricos del país.
Era de la clase alta, pero no me sobraba tanto el dinero como a otros.
Ahora sólo tengo la ropa que llevo puesta
y no es muy difícil darse cuenta que la pérdida no es sólo mía.
Es generalizada.
Le dimos demasiados golpes al débil.
Y en algún punto el gordo del curso se cansa de recibir abusos.

Despertamos al gigante
porque no supimos darle algo a cambio del maltrato.
No supimos calmarlo luego de insultarlo.
No supimos hacerle cariño en la herida luego de hacerlo sangrar.
Le sacamos todo
y pensamos que nunca pasaría nada
porque llevábamos en esta lógica desde antes de nuestros abuelos
y si nada cambia, no hay por qué modificar las cosas.
¿Te acuerdas del proyecto minero que tenía mi viejo en el sur?
¿Te acuerdas cómo funcionaba el asunto?
Teníamos listo el negocio.
¿Cómo va un grupo de pobladores pobres a detener el avance de las empresas?
¿Qué poder tienen esos pobres pelagatos que con suerte tienen para comer?
Era imposible.
Era impensable.
Y aquí estamos,
sin comida hace dos días
y esperando que llegue un grupo con cargamento
para no comernos entre nosotros.
Si atacaron al mismo tiempo las capitales del mundo,
es obvio que esto se gestaba desde hace tiempo.
¿Quién lo hizo?
¿Quién es la cabeza?
Nos contamos tantas mentiras sobre lo que es natural
que terminamos creyendo en un mundo que no existe
y que hoy es sólo parte de la historia.
El hombre es el lobo del hombre, decíamos.
La vida es para el más vivo.
Es la supervivencia del más fuerte, decíamos.
Y nos emborrachábamos en las fiestas electrónicas.
Íbamos a los salones VIP.
Tirábamos entre todos.
Nos metíamos todas las drogas de moda.
Salíamos en las páginas sociales.
Gastábamos tres sueldos mínimos en una noche
tratando de llenar eso que nos tenía tristes todo el tiempo
porque nunca nos enseñaron cómo se llamaba ese vacío.
Nos íbamos a tomar a un bar a las siete de la mañana,
luego de meternos mierda toda la noche
y bailar hasta que ya no teníamos fuerzas
y el éxtasis dejaba de funcionar.
Nos íbamos a los bares de after party
a las siete u ocho de la mañana
después de haber tirado con dos o tres extraños en una noche
y nos mirábamos las caras y nos reíamos.
Pero eso era todo.
Nos reíamos.
Porque no teníamos nada de qué hablar entre nosotros.
Y hoy,

ahora,
estamos en el bando destinado a desaparecer.
Los militares están muriendo como moscas afueras de las ciudades tomadas.
¿Viste cómo está Santiago?
¿Viste lo que hicieron con los malls?
Le prendieron fuego a todas las tiendas.
Ni siquiera las saquearon.
Las destrozaron.
Se robaron los supermercados
y le prendieron fuego a las tiendas de ropa,
a las tiendas de computación,
a las zapatillas,
a los televisores de plasma
y los autos último modelo.
Las ciudades eran hogueras.
Piras gigantes con gente riendo alrededor.
¿Por qué alguien querría destruir todo?
Para mí no tenía lógica,
después de todo,
el sentido último de la vida era juntar cosas
y dejarle a tus hijos la mayor cantidad de mercancía.
Pero si estos tipos no creían que eso era importante,
¿entonces qué?
¿Cuál es el sentido de seguir respirando ahora?
Quizás todo esto te suene súper tonto porque no tengo ninguna respuesta,
pero al menos me desahogo.
Cuando me sane la herida de bala me van a mandar de vuelta a matar gente.
Y volveremos a ser parte del ejército.
Cumpliremos el rol
y seremos buenos actores
y buenas ovejas
y jugaremos a hacer caso porque es lo que hemos hecho toda nuestra vida,
pero si no nos queda nada
y eso que defendemos está empezando a perder sentido,
¿para qué vamos a seguir disparando?
¿Qué estamos esperando?
¿Que nos den un tiro y morir en el barro,
desangrados,
luchando por restablecer la economía y nuestras comodidades?
¿Tanto valen nuestras cosas?
Porque se trata de eso, ¿o no?
¿Cuánto vale ese departamento en la playa?
¿Estamos dispuestos a morir por los cinco autos que teníamos?
Yo ya no sé.
No tengo idea lo que quiero.
Porque tengo un vacío, pero nadie me enseñó cómo se llama.
Y lo que no tiene nombre, no se puede definir.
Así como guardábamos silencio a las siete de la mañana
y hoy guardamos silencio toda la noche,

para que no sepan dónde estamos.

No éramos felices, pero supongo que nadie es verdaderamente feliz.

No, no estoy llorando.

Por la mierda, estoy llorando.

Béseme.

Quiero calor.

Necesito otro cuerpo

porque el mío ya no es suficiente.

Ella comienza a besar al doctor, quien permanece inmóvil en su silla de ruedas.

*Todos los amores son imposibles.
Y los que son posibles, tienden a ser bastante aburridos.
Un hombre sangra en una cocina y una mujer observa.
Ambos tirados en el suelo.*

Cuando dicen que la vida es sagrada yo me parto de la risa.
No siempre en la cara de quien lo dice,
pero sí debo admitir que me causa gracia.
¿De quiénes hablan cuando dicen que la vida es sagrada?
De seguro no hablan de nosotros,
los que ahora sangramos y esperamos no morir bajo las bombas.
Tampoco hablaban de las comunidades
cerca de los proyectos mineros
ni las termoeléctricas.
La vida de los niños en los países pobres tampoco es sagrada,
o al menos, no tanto como las de un niño rico en Suiza.
¿Entiendes de lo que estoy hablando?
La vida es sagrada en tanto la entiendes como “tú” propia vida.
Porque la del resto importa poco si es la tuya la que peligra.
No sé por qué te estoy diciendo esto.
Debe ser que vi tu cadenita de oro que tienes en el cuello
y me acordé de una vez que hice una disertación
sobre la extracción de oro en Chile.
¿Sabías que al extraer oro sacan mercurio?
Tal cual.
Para poder fundir las rocas en las que hay piedra
y lograr sacar oro
tienen que calentarlas a miles de grados.
El mercurio se derrite al los trescientos grados,
así que en las cámaras donde derriten el oro hay mucho vapor de mercurio.
Luego abren una compuerta
y tiran todo ese mercurio al aire.
Lo liberan.
Porque no les importa.
Y ese mercurio se mezcla con las nubes
y con el agua
y contamina los suelos
y los ríos
y la gente
y los niños
y las mujeres embarazadas.
Pero el dueño de esa mina no vive en la zona y su vida sí es sagrada.
Ninguna empresa minera
declara la cantidad de mercurio que liberan al ambiente
y no hay ninguna ley que lo regule
y a nadie le importa.
Y es que,
al final,
a nadie verdaderamente le importa.

¿Te acuerdas cuando íbamos en el colegio y me pegaban?
Todos los días hacían de mi vida una mierda
y me tiraban escupos,
patadas,
me rayaban los libros.
Pero todos miraban con paciencia,
como si algún día la cosa fuera a cambiar por descarte.
Porque los planetas se alinearon y debe ocurrir un acto mágico.
Eso no existe.
¿Te imaginas la rabia de pasar todo el colegio
sufriendo golpes bajo la mirada de todo el mundo,
sin que nadie hiciera nada?
Supongo que es el mismo efecto.
Sabes de lo que hablo.
Mirar con lástima no es lo mismo que defender.
Y sentir empatía pero continuar en lo de cada uno
no es tener un código moral alto.
Nunca me defendiste.
Y no tenías por qué.
Después de todo, yo era el gordito del curso.
Ese con el que si conversabas, te llegaban golpes por querer ser simpática.
Era como tener la peste.
Pero la peste no es un problema si no la tienes tú.
Y luego ver cómo todo el mundo hacía caridad
y juntaban plata para ayudar “a los niños que más lo necesitan”.
¿Te das cuenta de lo que te hablo?
“Los niños que más lo necesitan” son una institución perfecta
porque no tienen nombre
ni cara
ni existen, verdaderamente, para ti.
Yo era un niño golpeado y necesitaba ayuda,
estaba al lado tuyo
y nunca me viste
porque si me veías,
tenías que hacer algo al respecto, ¿no?
Porque nadie es tan inhumano de saber lo que está haciendo
y estar consciente del daño a otro ser vivo
y continuar exactamente lo mismo.
¿No?
Cuando salimos del colegio yo soñaba con decirte esto,
pero no tenía ningún sentido.
A ti más que a nadie.
Porque siempre me gustaste.
Porque quería que me vieras como un ser humano.
Quería decirte que te escuchaba hablar con tus amigas
aún cuando fingía que miraba al frente.
Sabía de tus problemas
y de lo mal que te llevabas con tu padre.
Sabía que el Felipe había ido a tu casa

y tu papá lo trató pésimo
y desde entonces ya no llevaste a nadie más.
Me puse muy triste cuando supe cómo murió tu madre,
pero tampoco podía decírtelo.
Me alegré mucho cuando tu perrita tuvo cachorros
y decidiste quedarte con uno.
Me dio risa el nombre que le pusiste
"Cuncuno".
Quería decirte que mi gato se llamaba igual.
Que maullaba en las mañanas y tomaba agua de mi tina.
Que lo tenía desde que era chiquitito y dormía conmigo en invierno.
Me preguntaba si tu Cuncuno y mi Cuncuno serían amigos
pero gatos y perros no se llevan
y ambos sabemos de lo que estamos hablando.
Porque vi pasar tu vida entera a mi lado,
entre conversaciones en clases,
pero tú no sabes nada de la mía.
Soy un espectador.
La película romántica de mi vida me tiene como artista secundario,
porque el principal se queda con la chica
y yo ni siquiera soy un recuerdo en su vida.
¿Estoy triste?
No.
Ya estoy acostumbrado.
Voy a morir ahora
y voy a verte seguir viva.
Porque tu vida pasa junto a la mía,
pero nunca van a encontrarse, verdaderamente.

*Él muere.
Se escuchan explosiones afuera.
Ella rompe en llanto.*

Y bueno, cuando tienen nombres y un rostro, es diferente el asunto.

Fue en el tercer ataque.

Estábamos escondidos bajo la cama mientras la ciudad rugía envuelta en disparos y explosiones y gritos desesperados.

Suena muy tonto y posiblemente era el peor lugar, pero quizás lo hicimos por el recuerdo de ser niños y escondernos debajo la cama

para evitar que alguien nos viera al entrar a la pieza.

Ella y yo estábamos escondidos y temblábamos como dos críos.

Teníamos tanto miedo que no hacíamos ningún ruido.

Afuera se escuchaban los bombardeos

y ella lloraba porque estaba embarazada y porque no quería

que nuestro hijo naciera en un mundo que se caía a pedazos.

Yo le besaba su mano pequeña

y le decía que todo iba a estar bien,

que no tuviera miedo.

Que estaba todo ordenado, pero en verdad no era así.

Lo decía tan convencido que si no supiera que era mentira, yo mismo me habría creído mis palabras.

Pero ya no era parte del comité

y no tenía idea si tenían órdenes de barrer o sólo detonar.

Escuchamos una explosión en la esquina del edificio

y ella comenzó a llorar.

“No me quiero morir”, me decía.

Y lo dijo con tanta honestidad que comenzó a temblarme el corazón.

“Yo quería conocer París...”, me dijo,

“pero ahora París no existe.

También quería ir a Italia,

caminar por la plaza de San Marco,

pero seguro que ahora son sólo ruinas.

Quería tener una casa en el campo y cultivar tomates.

Yo no soy mala, no tiene por qué pasarme esto.

¿Qué hicimos para merecer este castigo?”, me dijo.

Tenía la piel blanca, como una muñequita de cera.

Temblaba de miedo y de frío

porque la ventana había reventado con la fuerza de la explosión de afuera y ahora entraba el invierno, muerto de risa de las desgracias.

Le dije que no se preocupara,

que todo iba a salir bien,

pero en el fondo los dos sabíamos que no era cierto.

Sabíamos que yo no tenía la fuerza para protegerla de una explosión

ni de las balas

ni de una horda de gente rabiosa

con los corazones incendiados durante años.

Soy sólo un hombre,

y un solo hombre no puede detener el avance del mundo,

aún si su vida depende de ello.
Entonces,
se armó un silencio terrible.
Me puse de pie para ver por la ventana,
pero una ráfaga de disparos se coló por la ventana
y la pared
y entró en la habitación con una fuerza indetenible.
A mí me dieron un tiro en la espalda y caí al suelo.
Al caer, la vi a ella, que seguía bajo la cama,
y vi cómo le llegó la peor parte.
Los disparos atravesaron la pared
y se concentraron donde estaba ella.
Mi mujer quedó reducida a un bulto rojo bajo la cama.
Vi morir mis dos amores frente a mis ojos
y creo que eso es algo de lo que uno no se recupera.
Ahora me preguntas si creo que la causa es justa
y te respondo que no me importa,
porque siempre la historia cobra víctimas,
pero cuando amas a las víctimas,
la historia te importa una mierda.
Dime que cuando desarmemos todo el poder del mundo
vamos a salir a la calle
y vamos a celebrar,
aún si somos pocos
y aún si perdimos todos nuestros seres amados en el proceso.
Que es lo mismo que perder el corazón,
lo cual se parece mucho a perder el alma.
Porque el enemigo que tanto odiamos son otras personas.
Y el enemigo al que le deseamos la muerte también tiene miedo
y tiembla
y llora
y tuvo una infancia donde comía tierra
y quizás aún le tiene miedo a la oscuridad
o a los perros grandes
o a los truenos
y quizás nunca superó una pena de amor
y quizás llora antes de dormir
porque no quiere matarnos a nosotros.
Ese enemigo que tanto detestas
también ama y no quiere morir.
Como yo tampoco quiero perderte.
Porque puedo perder el Estado,
la Justicia
a Dios
mi propiedad.
Pero ahora que no la tengo a ella,
ya no tengo motivos para seguir respirando.

*Dos mujeres encerradas tras un colchón en una pieza oscura.
No es una secuencia de acción, sino una despedida.
Y las despedidas siempre tienen algo de nostalgia.*

Mi mamá me regaló una muñeca cuando tenía cuatro años,
pero yo quería una pistola.
Que tonto, ¿no?
Una pistola.
¿A quién quería matar?
Tenía un vecino en el campo de al lado
que le habían regalado
un set de pistolas de plástico de vaquero, para la navidad
pero él quería una muñeca,
así que decidimos intercambiar regalos.
La escondí entre los matorrales del patio para que no me pillaran.
Era una pistola gris.
Usaba balas de plástico con chupones.
Me iba cerca del río y le disparaba a las piedras.
Me encantaba.
Me sentía poderosa.
Que tontera.
Tenía cuatro años y me sentía la persona más valiente del mundo.
Supongo que con el tiempo
el sentimiento de valentía
y de que puedes hacer todo lo que quieras
se va perdiendo de a poco.
Te rompen el corazón,
el autoestima,
los sueños
y terminas rompiéndote los huesos
en un accidente fatal en la escalera, a los setenta años.
Y es un poco eso.
Romperse entero.
Estamos quebradas, linda.
Perdona que te lo diga así, pero estamos solas.
Somos los últimos seres humano del mundo.
Estamos en la trinchera del dormitorio
escuchando los disparos y el saqueo
y no sé si vendrán por nosotras
o se van a ir antes de que caiga la mañana.
Vamos a sacudirnos la pena como los perros se quitan el agua.
Ya no tiene sentido aguantar el llanto
porque no tenemos que impresionar a nadie.
Somos dos niñas vaqueras
con pistolas de plástico
jugando a la orilla de un río de sangre.
Te quiero.
Me gustas.
Siempre me has gustado.

Que tontería decirlo en estos momentos.
No tienes por qué sentir lo mismo.
De hecho, si no lo sientes, lo entiendo.
Pero no podía quedarme con esto atascado adentro.
Si muero ahora,
o en unos minutos más,
tenía que irme con la tranquilidad
que viví siempre diciendo las cosas de frente,
sin ocultar nada.
Y no tengo la culpa.
Eso es lo más importante.
No tengo la culpa de no nacer pobre
y no tengo la culpa de que me gusten las pistolas y las niñas.
Pero los castigos desmedidos llegan así,
por el simple hecho de estar parado donde no te corresponde
en el momento menos indicado.
Te amo.
No te olvides.
Te amo demasiado.
Puede que sea injusto
pero el amor funciona igual que la vida.
Y ahora somos dos vaqueras jugando a la guerra.
Yo no voy a disparar.
Nunca he matado a nadie y no voy a hacerlo ahora.
Es demasiado tarde para cambiar las reglas de mi propio juego.
Nunca golpeé al gordo del curso en los camarines,
pero guardé silencio,
así como me quedé callada con lo que sentía por ti.
Y quizás éste es el castigo.
Desmedido,
irracional,
violento,
pero el castigo que nos corresponde.
Porque guardamos silencio,
y eso, finalmente,
es la mejor ayuda que podemos darle al victimario.
Esta no es una historia poética.
Tampoco es una historia política.
Debería ser una historia de amor.
Hagamos de esto una historia de amor que valga la pena.
Aunque sea aquí, al final.
Cuando ya no queda nada en nuestras manos.

Oscuridad.

Disparos.